

Ricardo Cruz García

*Nueva Era y la prensa en el maderismo.  
De la caída de Porfirio Díaz  
a la Decena Trágica*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

322 p.

Ilustraciones

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 63)

ISBN 978-607-02-4519-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/nueva/era.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## Apéndice

Traemos para el combate los mismos ímpetus que antes;  
sin traer rencores. Ayudaremos al gobierno sin ciegos elogios.

Editorial del primer ejemplar de *Nueva Era*, escrito por Juan Sánchez Azcona, 31 de julio de 1911, p. 1 y 5.

*Nueva Era* será el órgano que refleje genuinamente el pensar de los hombres de la Revolución; y coronará pacíficamente la obra revolucionaria, del mismo modo como la inició *México Nuevo*.

La lucha armada fue breve y decisiva. La Revolución que acaba de triunfar en principio, presenta caracteres que no tienen precedente en la historia humana. No hace tres meses todavía, la Dictadura estaba en pie y a los revolucionarios se nos trataba de bandidos, y hasta muchos de nuestros correligionarios en teoría, criticaban a quienes se habían atrevido a turbar el sepulcral silencio porfiriano con los disparos del rifle redentor. Hoy, al parecer, todos o casi todos son partidarios de la Revolución y los bandidos de ayer se han convertido en los héroes de hoy. Por eso los que no tomaron participio en la lucha armada ni prepararon la Revolución, con oportunismos reprobables declaran que ya nada nos queda por hacer y están exigiendo tremendas responsabilidades a la Revolución y a sus hombres.

Es de suma urgencia hacer aclaraciones y desvanecer errores. La obra de la Revolución empieza apenas y es injusto de todo punto juzgar a sus corifeos por los sucesos que necesariamente tenían que desarrollarse en esta época de transición. En cada uno de los acontecimientos actuales, importa investigar estrechamente las causas exactas, para poder atribuir responsabilidades precisas. El caudillo de la Revolución y sus compañeros y partidarios en la pasada lucha no temen ni rehúyen el juicio de la opinión pública y dispuestos están a responder de cada uno de sus actos. Pero no pueden ni quieren aparecer responsables de actos que no les incumben. La Revolución aún no está en el poder y tal vez el cargo más serio que podría hacersele en los actuales momentos, es el de no haber entrado directamente a Palacio Nacional apoyada por las huestes triunfantes. De este cargo, si es que llega a serlo realmente, los hombres de la Revolución responderán serenamente ante la historia, pues ellos, durante las llamadas negociaciones de paz en Ciudad Juárez, tuvieron en sus manos los destinos inmediatos del país, y únicamente de su voluntad dependió detener la lucha armada para proseguir la obra revolucionaria por medios políticos y administrativos, o bien continuarla para tomar la capital a sangre y fuego, como sin duda hubiese sucedido supuesto que la Revolución contó con el apoyo de todo el pueblo. Hasta hoy, el Caudillo y sus amigos de Ciudad Juárez no están arrepentidos de su actitud, ni creen haber cometido error alguno al tener confianza en el tacto y en el patriotismo del señor licenciado de la Barra, a quien la Revolución no tuvo vacilación alguna en reconocer como Presidente Interino de la República. Los hombres de la Revolución tienen fe completa en el señor de la Barra y con lealtad completa se proponen colaborar con él a efecto de que se aminoren los naturales disturbios que tenían que sobrevivir durante la corta época transitoria del Interinato, durante la cual inevitablemente tenemos que observar algunas anomalías, desde el momento en que es muy difícil y delicado el injerto de una Revolución triunfante en los restos menos enfermos de un régimen personalista que ha muerto.

Uno de los efectos inmediatos del triunfo de los principios revolucionarios ha sido la libertad de imprenta. Para quienes en plena Dictadura supimos luchar contra ella por la prensa, es íntimamente regocijado el espectáculo que nos ofrecen ciertos colegas de la prensa,

los cuales parecen haber recobrado de un solo golpe y como por obra de magia ciertos arrestos de entereza y de valor civil, de apego a la ley escrita y de tendencias a que en la realidad sea complicada. Nunca creímos, francamente, que esos colegas hubieran sabido lo que eran estas cosas, a juzgarlos por su conducta anterior, y aun cuando tuviéramos muchos motivos para temer que esos arrestos no sean sinceros, no queremos creerlo así y antes celebramos que a raíz de nuestro triunfo exista ya la libertad de prensa que tanto hemos anhelado y que sin duda quedará sancionada por reglamentos precisos y netos en cuanto se realice el triunfo verdadero de la Revolución. Si la prensa todavía relacionada con el viejo régimen de las corrupciones olvida los deberes que en los momentos actuales tenemos que cumplir todos los buenos mexicanos, sabremos combatirla tenazmente y con eficacia, y no creemos faltar a la modestia al asegurar que sabremos ir a ese combate y ganar en él, ya que nos fue dado hacer esto mismo cuando todas las circunstancias estaban en contra de nosotros, cuando para aquella prensa sólo había impunidad, privilegios y garantías y para nosotros únicamente persecuciones y latigazos o asquerosas canalladas. Pero es preciso que lo sepan de una vez nuestros tradicionales enemigos de la prensa: si traemos para el combate los mismos o mayores ímpetus que antes, no por eso deben creer que traemos rencores. Los que de verdad hemos luchado y sufrido por la Patria y por nuestros sinceros ideales, sabemos muy bien que en la nueva era en que pretendemos entrar se necesita que los hombres que quieran influir en los acontecimientos, para bien del país, desechen de su ánimo todo lo mezquino, todo lo bajo, todo lo innoble. Las heridas que recibimos en la lucha anterior —muchas de ellas inferidas a mansalva y por mano de mercenarios ridículamente irresponsables— están cicatrizadas por el bálsamo del cariño popular, por las flores que los buenos han regado a nuestro paso cuando regresamos a la patria, por la inmensa, inefable, arraigada satisfacción del deber cumplido y del triunfo culto.

En cambio, ha habido otros colegas —viejos y nuevos— que, aun cuando no formaron parte en la preparación intelectual de la Revolución, sí se han mostrado favorables a ella y han sabido ayudarla en su triunfo y en su desarrollo. La Revolución y con la Revolución la Patria, están grandemente agradecidas a los patrióticos esfuerzos de esos periódicos.

Ha faltado empero, hasta ahora, un órgano que refleje genuinamente el pensar de los hombres de la Revolución, primeramente; y que represente, más tarde, los intereses del nuevo partido político que lógicamente tiene que emanar del triunfo de la Revolución. Este órgano será *Nueva Era*, y nuestro periódico coronará pacíficamente la obra revolucionaria como lo hizo *México Nuevo*. Cada momento político requiere un periódico político que de modo directo y justo responda a las necesidades de dicho momento. Nos proponemos que *Nueva Era* sea el diario genuino del nuevo régimen que se ha iniciado en nuestra Patria y por cuyo triunfo definitivo y sólido tenemos el deber de luchar tenazmente todos los que no tenemos el menor remordimiento por haber ensangrentado el suelo nacional, porque conocimos a fondo la pureza de miras de los iniciadores de la Revolución y conocemos que, aún en los momentos peligrosos del triunfo inmediato, los directores de la Revolución no han dejado que se empañe en los más mínimo la pureza de aquellas miras.

Nuestra independencia será completa. El Sr. Madero, caudillo de la Revolución triunfante, por imperiosa necesidad política tiene que ser el jefe nato del partido que emane de la Revolución y al que queda confinada la consolidación del nuevo régimen. Nosotros somos firmemente adictos al señor Madero, pero no seremos jamás sus sostenedores incondicionales, como lo fueron todos aquellos que por exceso de servilismo y falta de amor patrio, incensaron al General Díaz hasta enloquecerlo y precipitarlo al más ignominioso de los derrumbamientos. Tenemos plena fe, y la tenemos con conocimiento de causa, de que el señor Madero sabrá cumplir íntegramente las inmensas obligaciones que ha contraído ante su Patria y ante el pueblo. Pero si el señor Madero vacila y llegara a encaminarse por sendas que pusieran en peligro la consolidación del triunfo revolucionario, nadie antes que NUEVA ERA recordará al señor Madero sus obligaciones, y el señor Madero nos oirá de seguro, pues a fuer de buen patriota ha oído siempre a todos los que le hablan con sinceridad.

Creemos de nuestro deber, como antes lo decíamos, ayudar en cuanto de nosotros dependa al gobierno interino del señor de la Barra, pues ese gobierno emana directamente del acuerdo de los directores de la Revolución; pero no nos proponemos ayudar con ciegos elogios ni

con apoyos a ultranza, sino antes bien haciéndole conocer con sinceridad los anhelos y los comentarios de la genuina Revolución, en la seguridad de que el señor de la Barra también sabrá oírnos, también sabrá aquilatar nuestras miras y, en cuanto sea humanamente posible, sabrá satisfacer los justos deseos de la Revolución, que le ha demostrado elocuentemente su confianza.

En estas condiciones surgimos a la vida del diarismo, y estamos seguros de contar, como hemos contado en otras épocas, con el apoyo de todos los mexicanos patriotas y conscientes.

UNAM - IIH